Capítulo 212 - Conversaciones - Rata del Túnel: Provocando Problemas en Dos Mundos

¡Milo gritó a Belinda! —Primero la comida, huele genial. La mesa estaba arreglada como en los eventos, con un mantel blanco, bandejas de metal llenas de comida, pequeños platos y tenedores. Su estómago se hundió hasta los pies, reemplazado por un vacío hambriento. ¿Cuándo había comido por última vez? ¿Un bocadillo al despertar? Antes de eso, el evento. Estaba hambriento e incluso un poco con fiebre. En la bandeja que había quedado vacía, donde estaban las mani-something, comenzó con eso, llenándola con cuatro perros con chili y una pila de trozos de papa, antes de cubrir todo con salsa de queso. Con la comida en mano, tomó su bandeja y el control y se sentó junto a Belinda. Comía con una mano y sostenía el control con la otra. Todos en la habitación lo miraban mientras tragaba la comida, mientras él y Belinda luchaban contra enormes robots en las ruinas del neo-Tokio. Belinda usaba Red Ronin, un mecha samurái blindado diseñado para luchar contra los Kaiju con su katana de plasma energizado. Milo eligió Lego Ninja-73. Lo que le faltaba en armadura, lo compensaba con reparaciones baratas y fáciles entre rondas. Como todas las variantes de Lego Ninja, era rápido y ágil, capaz de esquivar la mayoría de los mechas pesados. Su problema era la falta de daño ofensivo al enfrentarse a armaduras pesadas. Belinda lo atacaba repetidamente, solo para que Milo esquivara rápidamente. Su mecha nunca dejaba de moverse, incluso cuando estaba lejos de su adversaria. El LN-73 saltaba de pie a pie, brincando y saltando sin descanso, dificultando a Belinda un blanco fácil con su cañón en el hombro. Cada vez que se enfrentaban, ella blandía su katana en llamas. Milo usaba sus lanzallamas para cegarla y disparaba estrellas ninja de fuego. Se alojaban en su armadura, aún ardiendo, pero casi inútiles. —¿Por qué haces eso? Esos ataques estúpidos solo me molestan —dijo Belinda. Milo asintió, pero no contestó. Molestarla era en parte la razón por la que lo hacía. Se desplazó a su izquierda y rodó justo cuando su espada pasaba por encima de su cabeza otra vez. Belinda maldijo al ver que su pantalla empezó a parpadear en rojo. —¿Sin energía? ¿Cómo puedo estar sin energía? Milo la volvió a golpear con sus lanzallamas y se alejó bailando. Red Ronin dio dos pasos, la espada de energía titiló y el mecha quedó destruido. Belinda miró el panel de diagnósticos de su mecha para evaluar el daño o buscar una solución. —¿Sobrecalentamiento? —terminó su cuarta salchicha con queso y comenzó a comer sus papas. —Llevamos quince minutos luchando. Red Ronin tiene una capacidad de energía óptima para un máximo de media hora, pero bajo condiciones ideales. La katana de plasma genera un pico de calor cada vez que la usas. Yo aumenté tu calor con mis armas 'totalmente ineficaces'. Solo quería asegurarme de que estuvieras demasiado ocupada para notar, y esperaba que no lloviera.

Los mechas pesados están diseñados para usar su armadura como disipadores térmicos, pero eso no funciona cuando el calor golpea la armadura. Diseño subóptimo. Deberías reducir puntos en otras áreas y optar por un recubrimiento refractante en la armadura para reflejar el calor o un sistema de termopares para absorberlo y convertirlo en energía. —Belinda gruñó y mostró los dientes. —Quiero una revancha, pero primero debemos hablar. —Milo sacudió la cabeza con tristeza. —Lo siento, no puedo. —¿Y por qué no? —Sonrió. —Dijiste que hablaríamos después de que me dieras una paliza. Sin que me patearas, no hay charla. Puedes tener una revancha después de que hable con Mamá. —Le entregó el control a Minerva, quien rápidamente eligió Lego-Ninja 73 con lanzallamas adicionales. Mamá acababa de entrar por la puerta, lo vio y le hizo señas para que se acercara. —Vamos afuera, querido. Es menos agitado, apenas puedo pensar.

—Ven y siéntate a mi lado, querido Milo, y conversa con tu mamá. — Milo estaba nervioso. Le preocupaba que mamá sabía que estar cerca de adultos le causaba ansiedad, y ella le pedía que hiciera eso. Ella tenía algo en mente. Con cautela, se acomodó junto a ella en un banco de plástico agrietado, cuyo árbol luminoso proyectaba sombras y los protegía de las luces parpadeantes del techo. Ella sacó un montón de documentos y se los entregó. — Tienes que revisarlos y entender lo que dicen. Porque, la verdad, yo no comprendo todo esto. Cuando pasamos la segunda página y empieza ese galimatías legal, me pierdo. Y si tú y yo firmamos esto, uno de los dos tiene que saber qué dice. — Milo empezó a leer las cuarenta y dos páginas del papeleo de adopción, pero mamá sostuvo la primera página con la mano. — Más importante aún, no solo tienes que entender qué hace esto, sino también querer hacerlo. Creo que es una buena idea. Los niños piensan que sí. Pero eso no cuenta si tú no crees que es buena. Ahora, échale un vistazo y piénsalo bien. Yo solo quiero disfrutar de un poco de paz y tranquilidad. — No me gustan algunas partes. — Está bien, querido. Hay mucho lenguaje legal complicado. Al fin y al cabo, viene del gobierno. El Departamento de Habitantes y Poblaciones Itinerantes trabaja mucho en papeleo y poco en promesas. Dime qué partes no te gustan. — Milo se rascó la cabeza. La idea de la adopción se volvía cada vez más complicada. Al principio, parecía buena. Tendría documentos oficiales y estaría más cerca de existir legalmente. Eso hacía felices a su familia nueva. Ellos estaban bien con cómo estaban las cosas, pero querían que tuviera un lugar que llamar hogar, “cuando no estés deambulando por el hábitat y jugando videojuegos”. Pero ese documento implicaba mucho más. — Hace que tú y Big Butch sean responsables de mí. De verdad responsables, en lo financiero y legal, con castigos según su juicio sobre cómo me crían. Quieren pruebas de una educación adecuada, atención médica, integración social, y una garantía de que se asegurarán de que conozco y aprovecho las oportunidades de migración y empleo, como se detalla en muchas publicaciones que ni aquí incluyen. — Ella tomó una respiración profunda. Sabía cómo funcionaban las cosas, pero no qué decía ese papel. — Bueno, esas dos últimas cosas significan que nos encargaremos de que sepas cómo inscribirte en empleos con empresas que contratan mano de obra, y que quizás tengas que mudarte a otro hábitat para aceptar un trabajo, y que no interferiremos. Se supone que todos tienen un derecho inherente a trabajar duro para un supervisor corporativo. La integración social significa que te llevas bien con los demás. No me preocupa tu educación; tú sabes más que nosotros. Pero nos preocupa tu atención médica. Ya arreglaron una cita contigo para una consulta de una hora con un médico para asegurarse de que estás sano. — Milo se congeló. — No puedo hacer eso. No voy a ver a un médico. — No hay por qué tener miedo. Big Butch y yo te acompañaremos si quieres. O podemos reprogramar hasta que venga Big Butch también. Eres más grande que el año pasado, pero no estás creciendo tan rápido como deberías, al menos físicamente. Mentiramente, me asusta a veces. — Ella le puso el brazo encima. Milo se apartó y luego se apoyó contra ella. Ella esperó pacientemente. — No voy a ver a un médico. Hicieron cosas

conmigo. Si un doctor descubre qué soy, nunca me volverás a ver. Tendré que esconderme. — Ella pasó de estar preocupada a enojada. — ¿Qué te hicieron? ¿Quién? — Mira mi cuello. Pero no toques nada. — Con cuidado, apartó la gruesa sudadera que le gustaba usar, exponiendo el hocico superior incrustado en su columna, con cables que le salían. — ¡Oh, por Dios, Milo! ¿Quién te hizo esto? — Malas personas, hace mucho tiempo. ¿Quizás cuando nací? Tal vez antes o poco después. Hicieron otras cosas que no se ven. Por eso soy pequeño y no crezco. Si me llevas a un médico, llamarán a las autoridades y tú y Big Butch irán a la cárcel. Te culparán a ti. Y tratarán de llevarme a algún sitio. Y eso no va a pasar. — Dejó los papeles y se sintió derrotado. — Fue un error. No sabía lo suficiente. No entendía. Esto te hace responsable de mí, y yo estoy hecho un desastre. — Ella lo abrazó más fuerte. — No estás hecho un desastre. Solo te faltan pedazos y otros extras. Todos tenemos problemas. Yo tengo seis dedos en cada pie, y Minerva también. No te preocupes por esto. Solo te adoptamos sin tanta papeleo. No importa en absoluto. Tú guarda tus secretos; no necesito saberlos hasta que estés listo. — Milo miró el montón de documentos. — Tengo que mostrárselos a un amigo. Quizá tenga algún consejo. — ¿El mismo amigo que ayudó con los contratos? Buena idea. Que vea qué opina de esto. Pero por ahora, voy a guardar estos papeles. Esa niña estará aquí pronto. Veo a uno de sus acompañantes traerle la silla de ruedas hasta la puerta. No cabía adentro, así que la dejaron afuera con ella. Es la primera vez que tengo visita con enfermero y dos guardias del cuerpo. Big Butch y Minerva me explicaron todo, pero todavía no lo entiendo. — Ella miró a Milo con seriedad. — Pero sí sé algunas cosas. Esa niña necesita más amigos que tú, y eso que decir algo. Tú puedes salir por semanas y correr por los callejones del hábitat; ella no puede. Ella pasa mucho tiempo sola. Se aferró a ustedes como si se estuviera ahogando y ustedes la sacaron de la piscina. Así que, cuando salga a hablarte, piensa bien. Ella intenta entenderte, así que tú también. — Saludó a Belinda, que se cruzaba en el patio con su silla, y volvió a su casa. Milo permaneció sentado, observando cómo ella se acercaba en su silla. Notó que llevaba sus guantes de Maestra de Garra. — Hola, ¿podemos hablar un rato? Aunque no te haya vencido aún, te prometo que más tarde convertiré tu mech en basura. — Milo asintió. — Claro. ¿De qué quieres hablar? — Los guantes. Leí el acuerdo de confidencialidad, claro. Y he sido buena. Papá y otra docena de personas me insistieron y gritaron para que me los sacara. Sabía que nunca los recuperaría si papá los tenía. Finalmente empecé a gritar, apreté mi botón de alerta médica y llamé al tío Víctor. Eso fue suficiente para que se alejaran. Pero necesito saber qué hacen estos guantes. — Ella movía los dedos de la mano izquierda para enfatizar. — Mejoran tus reflejos, ya sabes, para el juego... — Sus ojos se estrecharon. — Buen intento. Los M-1000 me lastiman. Cuando te dije eso, tú dijiste: "Mecanismo diferente. Si ya tienes problemas para mover tu mano, puedo entender que no funcionen bien para ti—fatiga muscular forzada". Entonces sabías cómo funcionaban ambos pares de guantes. Yo tengo que esforzarme mucho para usar mis manos y brazos. La izquierda apenas la puedo usar. Pero ahora funciona mientras llevo los guantes. — Se quitó el guante izquierdo y movió torpemente su brazo sobre el reposabrazos. Uno a uno, levantó cada dedo, pero solo eso. — ¿Qué dicen los médicos que tienes? — Diferentes cosas. La enfermedad CMT, que en realidad no es una respuesta clara, es una categoría muy amplia. He tenido mis propios médicos toda mi vida y terapia física constante para mejorar. Pero nadie me dice qué tengo exactamente. — ¿La terapia física ayuda? ¿La respuesta, no solo en músculos? ¿Cómo se sienten ahora tus manos después de varios días usando los guantes? — Belinda flexionó los dedos. — Un poco mejor, en realidad. Pero, ¿por qué? — Tienes una desconexión entre tus músculos, los nervios motor y las señales de tu cerebro. Probablemente en los transmisores neuroquímicos en la última sinapsis. Estos guantes detectan el impulso del sistema nervioso periférico y transmiten una señal más rápido a las neuronas motoras. Al mismo tiempo, la micro musculatura mueve tus manos. Lo que hacen los guantes es lo que tus músculos intentan hacer, y

todo se coordina más suavemente, solo un poco más rápido. — Hizo una pausa y añadió de forma vacilante: — O algo así... es solo una suposición. Podría preguntarle a alguien en Maestra de Garra. — Belinda volvió a ponerse el guante. — Agradecería eso. Y también que nunca más me mientas. — ¿Mentir? — Sí, mentir. Todo el mundo en mi vida me miente, y soy muy buena detectando. Intentaste hacerte el que no sabías sobre los guantes cuando tú sabías más. Eso es mentir. Te doy un poco de confianza porque eres mi navegante y me devolviste mis brazos. También me ayudaste a ganar en la fiesta. Eso fue divertido. Creo que podemos ser amigos. Pero las mentiras destruyen las amistades. — Ah. Sí, lo entiendo. Pero, ¿qué pasa si no puedo hablar de algo? Como si pudiera meter a alguien en problemas. — Pensando en mí mismo, agregó: — Entonces di que no puedes hablar, pero no mientas. Mejor que muchas personas me sonríen y luego mienten. Prefiero estar solo que saber que los que creía amigos me engañan. ¿Prometes? Y yo tampoco mentiré. — Milo se sentó y reflexionó. La mentira era parte de esconderse, y esconderse era su forma de sobrevivir. Pero pensó en lo que había dicho mamá. Y ella aplicaba la misma regla a sí misma. — Si te digo algo, ¿me lo vas a contar a nadie más? Si me lo prometes y nunca mentimos, acepto esa regla. — Ella le extendió la mano, y sellaron el pacto. Belinda exhaló, y Milo se dio cuenta de que quizás ella estaba más estresada que él. Se quedó unos momentos en silencio. Luego, ella sonrió. — Entonces, ¿Milo? ¿Conseguió Maestra de Garra la cápsula para jugar Genesis? — Milo permaneció allí, inmóvil como una estatua. — No... no puedo hablar de eso. — ¿Otra vez el acuerdo de confidencialidad? No, no respondas. — Belinda rió y volvió a su silla de ruedas hacia la casa de mamá. — Está bien. Pero iré por cápsulas para el resto del grupo y exploraremos. Prometiste que ibas a explorar conmigo alguna vez, así que espero que vengas. Pero suficiente secreto por hoy. Mejor volvamos. Tengo que decidir qué robot usaré para vencerte. — Milo la siguió, con la cabeza dando vueltas.

Revisión #1
Creado 2 mayo 2026 17:22:55 por Charlie Brown
Actualizado 2 mayo 2026 17:22:58 por Charlie Brown